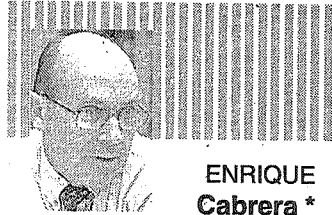


TEMAS DE ACTUALIDAD

La contaminación del Júcar

ENRIQUE
Cabrera *

A quienes tenemos la suerte de estar en su lista de distribución, el activo portavoz de Xúquer Viu, Paco Sanz, nos remite con puntual periodicidad un vasto dossier de prensa que incluye cuantas noticias del agua aparecen en los medios de comunicación que alcanza a beber. Que no son pocos. El amplio listado, como debe ser, no viene acompañado de valoración alguna. Quede ello para cada cual. Igualando, si no superando, al mejor gabinete de información que haber pueda, su trabajo permite en tiempo récord estar al día de cuanto acontece en este complejo mundo del agua. No sé cuántos somos beneficiarios de su esfuerzo pero como sospecho que no pocos, desde aquí, y mientras le doy las gracias, le ruego que persevere en el empeño.

Para que el lector tenga orden de magnitud de lo que supone estar en la lista de Paco, me referiré a su penúltima remesa. La impresión de las sesenta noticias que incluía supuso noventa densas páginas. Salía de viaje y quería echarles un vistazo durante el vuelo. En las dos horas que duró, apenas si alcancé el final. Y ello pese a que las más de las noticias (machaconamente un tema se repetía) se leían en diagonal. Casi todas contaban la contaminación del Júcar, la mortandad de peces habida en Alzira y su magro, casi nulo, caudal. La gravedad del asunto, nuestro mayor río ago-

niza, lo exigía. Como exige la reflexión que sigue. Más aún cuando me acabo de enterar de una segunda mortandad de peces, esta vez en Sueca. El dossier al llegar, con los detalles del nuevo crimen ecológico, batirá récords. ¡Qué pena!

Porque nadie se engañe. Nuestro problema mayor es la contaminación que nos desborda y no el dogma, la falta de agua, que todos asumen. Y menos aún el debate, desaladoras o trasvases, que ya hasta. Porque resuelto el problema de la contaminación, el dogma que nos preside caería. Conviene recordar que las políticas sostenibles del norte de Europa tienen su origen en la alarma social generada por una contaminación a la sazón allí imparable. Lo cuenta el propio Ministerio de Medio Ambiente alemán. «En los años de reconstrucción que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, el consumo de agua aumentó al compás del crecimiento de la actividad industrial, mientras la eficiencia en su uso no siguió el mismo ritmo. Por ello, a finales de los 60 y principios de los 70, se alcanzaron altos niveles de contaminación que generaron gran preocupación».

El diagnóstico fue certero, a más consumo más contaminación. Faltaba aplicar el tratamiento que convenía al caso, explicar el problema y las consecuencias de no atajarlo. Con la ciudadanía educada el camino quedó allanado para que los políticos pusieran en marcha dos medidas tan impopulares como necesarias. La primera recuperar todos los costes que el uso del agua conlleva con unas tarifas estructuradas en bloques de consumos que, sin olvidar el carácter social del agua, propiciasen el ahorro. La segunda, para que ya nadie consumiera ilegalmente agua ni escapase al principio de que quien contamina paga, potenciar el control sobre usos y vertidos.

Puesto que no se implantan de la noche a la mañana (dos décadas necesitó Alemania) y porque se hace camino al andar, vendría ya pensar en ellas.

Ésa fue la manera eficaz de proteger unos recursos naturales allí abundantes. No puede, pues, extrañar que las tarifas alemanas sean casi diez veces superiores a las que por estos pagos rigen. Y también por ello el consumo unitario por persona y día es inferior en un 50% al que la reciente encuesta del INE nos asigna. Ésos, y no los de aquí, sí que son valores como para sa-



car pecho. Tampoco extrañará (así cada cual paga lo que le corresponde) que la tarifa del saneamiento tenga dos bloques. El de las aguas de lluvia, proporcional a la superficie que impermeabiliza la vivienda, y el de las aguas negras vertidas. Lo estructuraron así porque no han dispuesto de unos fondos europeos (su final ya se atisba) con los que subsidiar tanta obra hidráulica. Aguantando cada cual su vela, bien saben lo que cuesta el manejo sostenible del agua.

Mientras prevalezca la complacencia sobre la autocrítica, mientras se ignore la

contaminación que abruma, mientras se hable de solidaridad descuidando la propia casa, mientras se insista en que falta agua, mientras impere el por tu culpa, mientras al ciudadano en vez de educarle se le confunda, mientras no se fomenten debates que aclaren ideas, mientras sólo se piense en el hoy y para nada en el mañana, mientras ignorando la raíz problema sólo preocupe los votos cautivos del discurso que se defiende, mientras no se adecue la política hídrica al espíritu de la Directiva Marco y mientras se siga errando

el diagnóstico y, por tanto, la medicación, caminamos hacia el abismo. De él sólo nos librarán políticos valientes y con imaginación, aunque con un pacto que despolitizase el agua no sería menester tanto arrojo. Y como ni el Júcar ni las generaciones futuras pueden esperar más, ojalá la próxima primavera nos traiga o lo uno o lo otro. O, mejor aún, todo a la vez. Sólo así volveremos a ser, como nuestros ancestros, sostenibles.

* Catedrático de Mecánica de Fluidos de la Univ. Politécnica.